

## **LAS PÉRDIDAS EN LA INFANCIA Y LAS CONSECUENCIAS DE LA NO ELABORACIÓN DE LOS DUELOS EN EL PSIQUISMO**

**Valentina Sol Kirigin\***

### **Resumen**

En el presente trabajo se exponen dos casos clínicos del ámbito privado, un niño y un adolescente, ambos con pérdidas de familiares en la infancia, muertes reales que han quedado sin tramitar en su psiquismo.

Se realizan articulaciones teórico- clínicas en relación con las consecuencias que estos duelos no resueltos han dejado en el psiquismo de estos sujetos, tomando en cuenta la importancia del ámbito familiar en la elaboración de los duelos y el momento evolutivo en que consultan, el niño en la conflictiva edípica, y el adolescente en la entrada a la vida adulta.

Se presentan algunas líneas de trabajo realizadas en ambos casos, apuntando al trabajo de duelo, que al decir de Freud, se realiza “pieza por pieza” en pos de una liberación psíquica, trabajo que implica ayudar a los sujetos a salir de ciertos encierros y agujeros en los que quedaron coagulados con las pérdidas.

**Palabras claves:** duelos; trabajo de duelo; pérdidas en la infancia; consecuencias psíquicas de las pérdidas.

### **LES PERTES DANS L'ENFANCE ET LES CONSÉQUENCES DES DEUILS NON-ÉLABORÉS SUR LE PSYCHISME**

#### **Résumé**

Au cours de ce travail, on expose deux cas cliniques dans le domaine privé ; un enfant et un adolescent, tous les deux avec des pertes de proches pendant leur enfance, des deuils réels qui sont restés sans traitement sur le psychisme.

---

\* Licenciada en Psicología (UNC). Miembro del Gabinete Psicopedagógico del Colegio Nacional de Monserrat, UNC, Córdoba. Miembro de la Asociación Civil Construyendo Redes. Desempeñó prácticas profesionales de atención psicológica dentro de dicha Asociación en convenio con la Secretaría de Niñez, Adolescencia y Familia (SeNAF), Córdoba, desde el 2010 al 2017. Trabajó en equipos externos de acompañamiento a escuelas secundarias, para el Ministerio de Educación, desde el 2011 al 2015. Ejerce como psicóloga clínica en el ámbito privado. E-mail: [valenkirigin@hotmail.com](mailto:valenkirigin@hotmail.com)

On fait des articulations théoriques-cliniques par rapport aux conséquences que ces deuils non-résolus chez ces sujets ont laissé sur le psychisme, compte tenu de l'importance du domaine familial dans l'élaboration des deuils et le moment évolutif où ils consultent, l'enfant dans la phase conflictuelle œdipienne, l'adolescent qui fait son entrée à la vie adulte.

On présente quelques axes de travail réalisés dans les deux cas et visant au travail du deuil que selon Freud on le fait «pièce par pièce» en vue d'une libération psychique, démarche qui implique aider les sujets à sortir de certains emprisonnements et des trous où ils ont été figés avec les pertes.

**Mots clés:** deuils; travail de deuil : pertes dans l'enfance,; conséquences psychiques des pertes.

## **CHILDHOOD LOSSES AND THE CONSEQUENCES OF THE NON ELABORATION OF THE PSYCHISM MOURNINGS**

### **Abstract**

In the present work to clinic cases of the private area are exposed: a child and a teenager, both who had lost relatives during their childhood. Real deaths that had stayed without being unsolved in their minds.

Theoretical-clinic articulation is made in relation to the consequences these non-solved mourning, taking into account the importance of the family ambience in the elaboration of the mourning and the evolutive time in which they consulted, the boy during his Oedipus complex and the teenager at the beginning of his adulthood.

Some traces of work taken in both cases are presented aiming at mourning's work which in Freud's words is done "piece by piece", so as to obtain a psychic liberation that implies helping the person to get out of certain lock ups and holes that stayed blocked with the losses.

**Key words:** mourning; mourning work; childhood losses; psychic consequences of the losses.

## **AS PERDAS NA INFÂNCIA E AS CONSEQUÊNCIAS DA NÃO ELABORAÇÃO DO LUTO NO PSIQUISMO**

### **Resumo**

No presente trabalho expõem-se dois casos clínicos da esfera privada, uma criança e um adolescente, ambos com perdas de familiares na infância, mortes reais que ficaram sem processar em seu psiquismo.

Realizam-se articulações teórico-clínicas em relação às consequências que estes lutos não resolvidos têm deixado no psiquismo dos sujeitos, levando em consideração a importância do domínio familiar na elaboração do luto e o momento evolutivo no qual consultam, a criança no conflito edípico, e o adolescente na entrada na vida adulta.

Apresentam-se algumas linhas de pesquisas realizadas em ambos casos, abordando o trabalho do luto que, segundo Freud, é feito “peça por peça” em prol de uma libertação psíquica, tarefa que implica ajudar os sujeitos a saírem de certos encerramentos e buracos em que ficaram oprimidos com tais perdas.

**Palavras-chave:** luto; trabalho do luto; perda na infância; consequências psíquicas das perdas.

Recibido: 12 de noviembre de 2019

Aprobado: 12 de mayo de 2020

*“¿Por qué esa operación de compromiso que es ejecutar pieza por pieza la orden de la realidad, resulta tan extraordinariamente dolorosa?”*

(Freud, 1915, p. 243).

Matías tiene 4 años al momento en que su madre consulta debido a que en el Jardín, según refiere: *“se pone agresivo, desafía permanentemente. La maestra dice que no hace caso, interrumpe, pega a un compañero, responde de mala manera, desafía el límite, no le importa la penitencia”*. Con su abuela paterna también tiene ese comportamiento agresivo y a veces con su tío paterno. El papá de Matías fallece de un infarto cuando el niño tenía un año y medio. Según el relato de su mamá *“nos habíamos separado hacía un mes, peleábamos mucho, y él se había ido a vivir a otro lado, cuando lo llamé un día no me atendía y después me dijeron que le había dado un paro”*.

Emanuel tiene 18 años al momento de la primera consulta. El turno lo pide su prima, quien dice ser la hermana de Emanuel, y quien ejerce una función de

cuidado hacia él. *“Estoy alterado, nervioso, con el arranque de que no me importa nada. No puedo estudiar, me distraigo. Me caracterizo de tener mala suerte en mi vida. Cuando algo está bien, siempre pasa algo que lo caga”*, expresa Emanuel en la primera entrevista. La madre de Emanuel fallece cuando él tenía un año y medio, de un cáncer de colon. El joven no conoce a su padre, nunca se habló de él en su casa. Cuando falleció su mamá él se quedó al cuidado de sus abuelos y tíos, su abuelo falleció a sus 2 años, su abuela a los 9, y su tío también en esa misma época. Emanuel estuvo al cuidado de una tía materna, quien quedó ciega y a quien él cuidaba también por la ceguera. Esta tía es la que fallece de un cáncer al momento en que Emanuel llega a la consulta. En la casa familiar él sigue viviendo con una tía abuela y una pariente de ésta, ambas mujeres de 80 años, y en el mismo barrio vive la familia de su tía abuela que él llama tíos y primos, que son los que se hicieron cargo de él junto con las mujeres mayores. Una de esas primas es la que pide el turno para él. Emanuel relata el fallecimiento reciente de esta tía con culpabilidad, ya que él *“no estaba justo cuando ella se descompensó”*. Sumado a esta pérdida, su novia lo *“cagó”* con otro y lo dejó, y debido a estas situaciones dice: *“las cosas me pegan anímicamente, me disperso. Entré a putear a la vida, por sobre todo, siempre siento que algo la tiene que cagar. No sé que hago yo para que sea así”*.

Siguiendo a Freud, “el duelo es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces [...]”. (Freud, 1915, p. 241). A partir de la pérdida, Freud (1915) explica el trabajo que el psiquismo tiene que hacer para incorporarla a la realidad psíquica:

El examen de la realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia; [...] el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma. [...] Lo normal es que prevalezca el acatamiento a la realidad. Pero la orden que ésta imparte no puede cumplirse enseguida. Se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las

expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consume el desasimiento de la libido. [...] Una vez cumplido el trabajo del duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido. (pp. 242, 243).

Tanto en Matías como en Emanuel el trabajo de duelo por la pérdida de sus padres no ha sido realizado. La herida se reabre mostrando el agujero sin representar, en Matías en la etapa de la conflictiva edípica, y en Emanuel, al momento de ingresar a la universidad, etapas cruciales de crecimientos para ambos, momentos de cierres y aperturas, momentos de duelos. Matías con su síntoma está pidiendo que lo escuchen, que todavía está sufriendo la pérdida de su papá que no ha elaborado, y en esta etapa se reactualiza dicha pérdida en la necesidad de contar con su papá para que sea modelo de sus identificaciones, y función tercera que imparta un corte en la relación de fusión con su mamá. Esto lo muestra jugando a ser el justiciero en el jardín, el que viene a resolver todos los conflictos, el que desafía a la maestra, y pegando cuando algo no sale como él quiere, o no le prestan atención, o cuando *"lo molestan"*, dice él. En Emanuel se puede observar un fracaso de la simbolización de sus pérdidas; la contracara del duelo, la melancolía, o duelo patológico (Donzino, 2003). En la primera entrevista Emanuel refiere: *"mi vida ni corta ni pincha, estamos siempre en la misma historia. Mi vida sigue un hilo que no cambia. No soy una persona con muchos sentimientos, o no se demostrarlos, o no los siento... con todo lo que me pasó en mis 18 años me siento frío"*. Emanuel acaba de ingresar a la universidad, situación que, por implicarle crecimientos y autonomía, le supone un esfuerzo enorme, energía que no tiene disponible en este momento debido a que ha quedado atrapado en las pérdidas familiares no simbolizadas. Es un niño que está intentando encajar en la vida de un joven. *"Cuando era chico me gustaba hacer las cosas bien, entrenar, jugaba al handball, fui abanderado. Después fui perdiendo el amor, la chispa, cuando fui creciendo. No siento que ame algo"*; cancelación por el interés por el mundo exterior, pérdida de la capacidad de amar, inhibición de toda productividad y rebaja en el sentimiento de sí (Freud, 1915), que se expresará, como en todo, en la dificultad de investir

la relación terapéutica. Las autodenigraciones y autoreproches aparecen permanentemente: *"soy un infeliz, un boludo, con un amigo decimos que somos la misma mierda. La vida se me caga de risa, es indignante. Estoy gordaso, estoy horrible"*. Ni Emanuel ni Matías han podido aceptar las pérdidas, despegarse de los objetos perdidos, ya que tal labor está suponiendo una energía para ambos que no les permite redimir al yo para recuperar la chispa de la vida para otros objetos, la escolaridad y la universidad. Matías, al encontrarse en la conflictiva edípica, la reapertura del duelo puede posibilitar el trabajo para liberar lo obturado del mismo, incorporar la función tercera, y favorecer crecimientos. En Emanuel, la culpa y la identificación narcisista con el muerto, ya han hecho de lo suyo en su cuerpo.

*"Nunca pienso en bien, siempre dejo el hueco abierto a lo malo"*, dice Emanuel en la primera entrevista. "En el duelo, el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, eso le ocurre al yo mismo" (Freud, 1915, p. 243). El hueco de Emanuel se alimenta de situaciones peligrosas, de ataques psicosomáticos, accidentes con operaciones, que dejan pensando en un vacío simbólico y un agujero representacional, por quedar coaguladas las pérdidas más significativas familiares, una tras otra, durante toda su infancia. En situaciones de enojo, en relación al engaño de su novia, Emanuel casi se *"agarra a las trompadas"* con otros chicos, viaja a horas de la madrugada por la ruta con un amigo en moto y en auto y dice: *"casi me mato"*. Tiene sexo sin usar preservativos y alude a que *"si tengo un hijo ahora me mato"*. Se castiga no yendo a rendir los exámenes de la facultad, o no estudiando. Coquetea con la muerte, aludiendo a que *"si llego a los 30 y tengo cáncer, me pego un tiro antes"*. Para llenar el hueco abierto a lo malo, le sacaron la vesícula a los 16 años porque tenía cálculos, *"por la mala alimentación que tenía desde los 3 años"*, dice él. Matías juega a que *"hay que tapar todos los huecos de la nave, todos, sino los huecos se la comen a la nave"*. Huecos de pérdida sin significar que pueden dejarlo devorado, ¿muerto como su papá?

En ambos casos el entorno familiar ha contribuido para la apertura del agujero representacional, ya que también se vio afectado por las pérdidas. La madre refiere que Matías sabe sobre la muerte de su papá, que él una vez dijo: mi papá se murió y está en el cielo; pide ver fotos de su papá y le pregunta a su mamá cosas de su papá. Matías no sabe qué le pasó a su papá, por qué ya no está, nadie le habló de lo que le pasó, por lo tanto, hay una carencia de explicación, porque en la madre también ha quedado coagulado algo de esa pérdida, cuando se presenta a la consulta diciendo que ella es "viuda", y luego refiere que se habían separado antes de la muerte del papá de Matías. Si ella se vivencia como viuda, entonces ella también ha perdido algo en esa muerte. Scalozub (1998) aporta que un padre o una madre afectados podrán requerir y buscar consuelo en el hijo. Siendo en este caso la función del niño desplazada a otro lugar en la estructura, y a veces al del ausente. La madre de Matías lo ubica a su hijo por momentos como si fuese su pareja, le gusta dormir con él, las decisiones las toman en conjunto, lo nombra siempre como "*bombón, corazón, amor*". Este lugar tan confuso para él lo deja doblemente en riesgo, tanto en la fusión con la madre y la obstaculización del ingreso del tercero, como en la identificación con el muerto. Ella no ha podido decirle de qué murió su papá porque ella misma ha quedado atrapada en la culpa adjudicada por la abuela de Matías. Las conductas agresivas de Matías para con su abuela, que generalmente suceden cuando está su mamá presente y ocasiona tensiones entre ambas mujeres, hablan de esa culpa que circula sin tramitar. La madre me cuenta que cuando falleció el papá de Matías, la abuela la culpó a ella de esa muerte. Esta culpa en la madre reedita la culpa que circuló en torno a la muerte de su propio padre violento y abusivo con ella, que quedó sin tramitar e inconscientemente fue transmitida a Matías por lo excesivo del estímulo para ella. Si para elaborar una pérdida se necesita de un otro significativo que contenga, que disponga de recursos simbólicos y que no proyecte sus propias ansiedades sufridas por ese mismo dolor, ¿cómo podía esta madre transmitir seguridad al niño y ayudarlo a simbolizar la pérdida, con el peso de la culpa, culpa que por otro lado acarrea de su propia historia? Y Matías necesita sacarse de encima ese peso de culpas

que le han pegado, pegando a otros en el jardín. En Emanuel hay silencios: *"en mi casa no se habla de los que no están, crecí envuelto en un montón de cosas, pero me faltó esa parte de mi vida, la de la familia de mi papa. No sé nada, no lo conocen, les pregunté y no me dijeron nada. No se si no lo conocen o no me quisieron decir. Si alguien sabía algo, era mi tía, me faltó preguntarle, qué macana..."* Si de los muertos no se habla y de los desaparecidos tampoco, ¿quién le brindó a Emanuel alguna chispa de simbolización, alguna pincelada de seguridad, si todos los que se encargaban de cuidarlo terminaban muriendo, y los que están en vida hoy, según él, no saben nada de su papá y tampoco hablan de su mamá? Aberastury (1973) nos muestra cómo los silencios, las mentiras y las ocultaciones de parte de los adultos, obturan el trabajo de duelo en el niño.

¿Cómo hace Emanuel para desasirse de esa carga de culpas por todos los muertos? *"Cuando yo nací, un poco después le detectaron el cáncer a mi mamá".* Nacimiento y cáncer, pegados en su discurso, muestran el peso que este joven carga por la enfermedad y la muerte de su mamá, que luego se reactualiza con la de su abuelo: *"estaba inválido, se cayó y se quemó en el hogar, mi tía ciega no pudo rescatarlo, si yo hubiese estado ahí no habría pasado".* Y la muerte de su tía, recientemente, le viene a recordar que tiene un historial de culpas que tiene que cargar porque así ha quedado adherido desde la primera, la que vive en su cuerpo, en sus autocastigos, en su imposibilidad de sentir motivaciones y placeres por la vida. ¿Por qué la familia de Emanuel ha pactado tantos silencios?, ¿por qué este joven ha quedado preso de las ocultaciones familiares, que transmitidas de generación en generación, han provocado enfermedades graves en sus abuelos, madre, tíos? Los efectos de lo "no dicho" a lo largo de esta familia, ha recaído en el psiquismo de Emanuel masiva y arrasadoramente. Tanto la carencia de explicación, las confusiones, como el exceso de silencio y las dificultades familiares para ayudar en la tramitación de las pérdidas, crean un "exceso de excitación que traba la tarea de enlace", refiere Scalozub (1999, p. 375).

Matías se presenta en la primera entrevista muy desenvuelto y trae sus juguetes. Me muestra dos llamas que tiene, dice que son familia, y que se pegan los dos (me muestra cómo se pegan las dos llamas con imanes). *"Es la mamá y la hija, le falta el papá... Mi papá se murió"*. Yo le pregunto qué le pasó y me dice: *"él sólo se murió"*. Luego realiza juegos de un bebé con su papá que lo lleva en coche a pasear, lo lleva en la espalda a volar y le enseña cosas; *"el papá le dio el poder para volar al bebe porque si un pirata lo quería atrapar, el volaba"*. Matías me está diciendo que se encuentra pegado (¿por las culpas?) a su mamá, y necesita a su papá para crecer, al mismo tiempo que me cuenta todo lo que su papá le enseñó y le dio. *"Las pérdidas reales en este período dejarán al niño no sólo sin el amor del objeto sino sin el soporte identificatorio que ese objeto era para él. Soporte identificatorio que lo sostiene en tanto ser"*, (Donzino, 2003, p. 53). Matías fantasea con el reencuentro con su papá, ya que si bien se puede pensar que el papá le otorgó las herramientas para volar (crecer) y defenderse de los malos, el volar alude a ir al cielo, y él dice que su papá está en el cielo. Trampa confusa para su crecimiento, que puede implicar quedarse en esa encerrona mortífera, o salir airoso de ese destino. Matías oscila por momentos entre renegar la pérdida de su papá y fantasear su reencuentro: un día llega enojado con su mamá porque ella me cuenta que lo retaron en el jardín por pegar. La madre le dice que entiende que él esté mal porque perdió a su papá, pero que no hay que pegar, y que su papá no puede volver, que hay cosas que no se pueden. Él enojado le dice: *"sí se puede, sí se puede"*. Otro día me dice: *"mi papá va a mi casa"*. En sus juegos siempre está presente el auto volador, el que vuela, a su mamá le dice *"me gustaría ir al cielo a verlo"*, "se trata de llevar a la conciencia deseos fuertemente investidos y ocultos, dándoles total crédito y generando una creencia en la realidad de lo percibido" (Scalozub, 1999, 375). Matías hace explícito su deseo, interroga al interlocutor, *"¿por qué no lo podemos buscar? Extraño mucho a mi papá, me gustaría que vuelva"*, repite. Pide juguetes del papá, pregunta *"¿cómo me alzaba mi papá?, ¿qué me hacía mi papá?, ¿me podés dar una foto de mi papá?, ¿podemos hablar de mi papá?"*, cuenta la madre. En ese "stand-by" del proceso de duelo de Matías del que nos habla

Scalozub (1999), el niño puede hablar de su papá, traerlo a la consciencia con recuerdos, pero hay algo de la culpa que quedó en ese *stand-by* para ser reaparecido en la conflictiva edípica, en donde la culpa y el deseo de muerte de un padre son luchas que suceden a nivel simbólico, y que en él ya han sucedido en la realidad, ¿quién mató al padre entonces? Y Mateo aclara “*él sólo se murió*”, haciendo énfasis en el “*él sólo*”.

En sus sesiones siempre está la pérdida presente, el miedo a quedar atrapado allí, el miedo a perder y quedarse solo. Me pide que guarde cosas para que “*no se pierdan*”, me pide llevarse juguetes porque “*no tengo ese en mi casa*”, mostrando lo que no tiene, lo que le falta y lo angustiante de la separación. Me dice: “*no te olvides nada mío acá*”. Yo le pregunto qué pasaría si yo me olvido algo de él. Responde: “*me pongo triste, lo extraño*”. “Memoria y olvido, otro par de opuestos que interjuega en la elaboración de un duelo”, concluye Scalozub (1999, p. 372).

Sobre la identificación narcisista con el objeto perdido, Freud (1915) revela:

La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto, sino que se retiró sobre el yo. [...] Sirvió para establecer una identificación del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo [...]. De esa manera, la pérdida del objeto hubo de mudarse en pérdida del yo [...]. (pp. 246, 247).

En Emanuel, la sumatoria de pérdidas vivenciadas en su infancia y la carencia de sentido que le han provisto los adultos, lo han llevado a un congelamiento de la afectividad, “*me siento frío*”, “*mi vida ni corta ni pincha*”, “*no siento que ame algo*”, dice. La afectividad de Emanuel está comprometida por esa identificación con la madre muerta y el padre que lo abandonó. La madre está presente en todos sus vínculos y en la percepción de él mismo: a las materias que no le gustan las llama “*cancerígenas*”; enojado porque su novia lo dejó “*antes de cumplir los dos años*”, muestra su enojo por haber perdido a su mamá antes de sus dos años. Está condenado a estar solo, a estar abandonado: “*me quedé apartado como siempre. No estoy con nadie en las cátedras. Me persigue la*

*maldición. ¿Qué iba a saber yo que me corrieran de todos lados?*”, llega un día muy enojado porque lo cambiaron de cátedra en una materia y lo separaron de sus amigos. Abandonos, huecos, duelos sin tramitar. Klein nos muestra que “cuando en el sujeto en duelo domina el odio hacia el objeto amado perdido, esto no solo transforma a la persona amada perdida en un perseguidor, sino que hace tambalear su creencia en los objetos de su mundo interno” (Klein, 1940, p. 358). *“Estoy solo, solo contra el mundo. No sos un número en la facultad, sos una larva, una hormiga. Nadie te dice nada... los profesores no se acuerdan de uno... esta historia ya la viví. Si entablas conversación con alguien puede que ese no esté después”*. Separaciones, soledad, olvido, duelos sin tramitar que dejan a su mundo interno carente de sostenes para crecer y amar la vida.

Emanuel ya vivió esta historia de abandonos, y por haber quedado congelada la afectividad allí, se encuentra en la necesidad de repetir compulsivamente esta historia en todos sus vínculos de hoy, con el afán de encontrar en algún lugar, en algún lazo, alguna chispa de vida, que le devuelva algo de esa sensación vital que tiene una vida que corta y que pincha, que se siente, y no el congelamiento emocional o el vacío de sentimientos. Con esta chispita de esperanza llega a la primera consulta, mostrándome que también viste de vida, viste de placer... algo de la vida no se ha caído en el hueco de la muerte. Con una sonrisa en su cara, me señala la camiseta de Boca que tiene puesta, y me dice: *“se habrá dado cuenta que soy de Boca, es increíble con la pasión que vivo los partidos”*. Pasión, chispa de vida, que alimentaremos para que el hueco también pueda nutrirse de otros placeres.

“Si el amor por el objeto [...] se refugia en la identificación narcisista, el odio se ensaña con ese objeto sustitutivo insultándolo, denigrándolo, haciéndolo sufrir y ganando en este sufrimiento una satisfacción sádica” (Freud, 1915, pp. 248 y 249). El órgano suicidado de Emanuel es la vesícula, órgano del sistema digestivo que lo acerca a la madre, y que parece sentenciarlo a la muerte: *“el cáncer es hereditario”*, dice. Emanuel repite permanentemente, *“soy un infeliz, un desastre, un desgraciado, no tengo arreglo”*, hace un esfuerzo enorme por

sostener su carrera universitaria, le cuesta mucho concentrarse y cuando le va mal se insulta de esa manera. En una sesión hablando de su historia y de sus familiares, relata que a todos los de la rama principal le sacaron la vesícula, y que el cáncer ha sido una enfermedad que se ha repetido en varios de su familia. Yo introduzco algo del orden de la realidad, en relación a las múltiples causas del cáncer, para que la sentencia de lo hereditario no sea tan masiva sobre su cuerpo y no lo deje encerrado tanáticamente. En esa misma sesión termina concluyendo que él hace deporte y actividad física y que eso es bueno para la salud, a diferencia de sus familiares que eran todos sedentarios. Chispa de separación con los muertos.

Los sentimientos de culpabilidad forman parte del estado del duelo, refiere Guerin (en Raimbault, 1995). *“¿Cuántas cosas malas habré hecho en mis 18 años para merecer tantos castigos?”*, se pregunta Emanuel en las primeras entrevistas. “Miedo, culpa y síntomas por identificaciones que recuerdan rasgos dolientes del ser querido, anulan la distancia con el objeto perdido, pero, como contrapartida, llenan de terror” (Donzino, 2003, p. 47). *“He hecho cosas malas en mi vida... era un indio cuando era chico, decía malas palabras, hacia renegar, no me quería bañar”*, expresiones que lo dejan inconscientemente pegado a la culpa por haber hecho enfermar a su mamá con su nacimiento, y a la vez, lleno de miedo. La culpa sigue haciendo sus estragos: *“seguro no me merezco nada bueno porque no voy al cementerio”*, *“parece que yo fuera la yeta”*, dice cuando pierde Boca, omnipotencia que lo imanta a la culpa persecutoria, mortífera. En Matías, la culpa viene circulando a nivel familiar, culpa que recibe la madre de Matías de parte de la abuela, culpa que la madre por la muerte de su propio padre tampoco pudo metabolizar, y de alguna manera termina recayendo sobre el niño. ¿Por qué la madre de Matías lo tiene “atrapado” en ese vínculo simbiótico?, ¿por qué necesita retenerlo, demostrarle excesivamente que lo ama? Al decir de Guerin (en Raimbault, 1995), el padre puede acusar, conscientemente o no, al hijo como se acusa a sí mismo, considerar al hijo como peligroso y no volver a darle su confianza. Con este fondo de hostilidad y culpabilidad latente el padre puede proteger excesivamente al hijo. Así, el padre

intenta aliviar su sentimiento de culpabilidad o compartirlo. La proyección de tales sentimientos sobre el niño produce en él el sentimiento de ser responsable del sufrimiento familiar. Y Matías percibe esa hostilidad y el miedo a que su mamá lo abandone y lo deje encerrado en la culpa "*¿vos no me vas a dejar jamás jamás?*", le pregunta siempre. Cuando yo le pregunto a Matías sobre lo que me contó su mamá que sucedió en la escuela, al principio se queda en silencio. Yo le digo que yo no lo voy a retar si él me cuenta lo que pasó, sino que lo quiero entender y ayudar. Se relaja y confía: "*es que yo tengo miedo que si hago algo malo que vos no me quieras ayudar más*"... entonces, que me abandones como mi papá. Chispa para poder hacer consciente la culpa por la muerte de su papá.

El trabajo terapéutico con Matías y con Emanuel apuntaron a realizar los dolorosos trabajos de duelos que no han sido realizados, "pieza por pieza", dice Freud (1915), apuntando a "la liberación posible de lo que oprima y comprometa a su psiquismo" (Donzino, 2003, p. 54). Matías juega a atar con cinta los objetos del consultorio, los ata y los desata, a otros los encierra y los libera, al mismo tiempo que cierra con llave la puerta del consultorio "*para que su mamá no sepa sus secretos*", secretos que involucran el acercarse a su papá, poder hablar de la muerte, de lo que pasó, de lo que sintió, y a la vez traerlo en sus recuerdos; liberación para tantas ataduras culposas familiares en las que está encerrado, una atisbo de vida al encierro de la muerte. Al mismo tiempo, el trabajo implicó ayudar a su mamá y a sus abuelos a liberarse de sus propias ataduras culposas y que pudiesen liberar a Matías de ellas, lo que se evidenció en otro tipo de vinculación de la madre con los abuelos y los tíos paternos del niño, con quienes empezaron a compartir más encuentros desde un lugar más sano, hablando y recordando al padre. Al cabo de un año de tratamiento dice Matías muy distendido: "*no me vas a creer lo que te cuente, mi papá me dejó su pelota de básquet para que sea como él y la entrene*"; los abuelos también se liberaron de algunas culpas posibilitando acceder ellos primero, y luego mostrarle a Matías recuerdos, fotos y objetos de su papá, que ahora circulan entre ambas casas más libremente, desde otro lugar. "Pieza por pieza" (Freud, 1915).

Con Emanuel a raíz del odio con su novia por haberlo dejado, se abre una puerta para conectar los odios con los que lo abandonaron, con esa *"porquería"* del cáncer, como le llama él. A raíz del concepto de "capital" que está aprendiendo en la facultad, nos permite pensar en el capital que él sí tiene y ha tenido, y que el agujero de la pérdida ha estado, pero que él no se ha caído allí. Recuperamos varias veces un recuerdo que a él se le viene a partir de una foto que tiene con su mamá, donde ésta lo abrazaba y lo acunaba; cada vez que no se puede dormir escucha canciones de cuna, recuperando allí la manera que tenía su mamá de hacerlo dormir; encuentra en una caja guardada una camiseta chiquita de Boca que le regaló su mamá al cumplir un año. Empieza a hacerse preguntas que permiten el armado de su historización: *¿cómo sería si mi vieja estuviera viva hoy?, ¿cuáles habrán sido mis primeras palabras?* "El sujeto en duelo se alivia recordando la bondad y buenas cualidades de la persona perdida y esto en parte debido a la tranquilidad que experimenta al conservar su objeto de amor idealizado". (Klein, 1940, p. 359). "Pieza por pieza"...

Mascheroni y Scalozub (2002) aportan que se requiere un trabajo psíquico que tienda a cegar el agujero, crear un ida y vuelta con otro, en transferencia analítica y con los vínculos familiares, y nuevas significaciones para lo acontecido. Cada tanto cuando llega muy enojado por alguna "mala suerte" que tuvo, dice que tiene ganas de llorar y hace quejidos de llanto; se enoja cuando le digo que lllore y me expresa que tiene ganas de ponerse *"en posición fetal"*. Le ofrezco que lo haga en el diván y se permite en transferencia recuperar esas posiciones calmantes, esas emociones que lo invaden. Cuando le va bien en una materia me manda un mensaje diciendo: *"quiero compartir este hermoso regalo que la vida me dio con vos"*. Después de un año de tratamiento, puede conectarse con algunos proyectos a futuro en relación a la profesión que eligió, sostiene la carrera con mucho esfuerzo y algunas dificultades, pero no la mata, y refiere: *"no voy a llegar a los 80, pero sí supero los 40"*. El trabajo que comenzamos a emprender para engrandecer su pulsión de vida, hace demorar unos años más la meta de la pulsión de muerte, imaginando un futuro más allá de los 30, como dijo en los inicios, edad del fallecimiento de su mamá. "Pieza por pieza"...

Se trata de ayudar en la elaboración de la posición depresiva, dice Klein (1940), recuperando el amor por el objeto perdido, ayudando a que el sujeto sienta que la vida interna y externa seguirán existiendo a pesar de todo, y que el objeto amado perdido puede ser conservado internamente de una manera más aliviadora, más sana, más placentera. Se trata de reconquistar la felicidad por el amor del objeto, después de haber sentido la “maldición” de la pérdida, de recuperar “regalos” que la vida les dio y les da a este niño y adolescente para poder continuar in-vistiendo su propia vida. “Pieza por pieza”... (Freud, 1915).

## **Bibliografía**

Aberastury, Arminda: (1973) *La percepción de la muerte en los niños*. Buenos Aires: Ed. Kargieman. 1978.

Donzino, Gabriel: (2003) Duelos en la infancia. Características, estructuras y condiciones de posibilidad. En *Cuestiones de Infancia*. Buenos Aires: UCES. Vol. (7), 39- 57.

Freud, Sigmund: (1915) Duelo y Melancolía. *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu. Vol. 14, 1996.

Guerin, Guite: (1981) Estar en duelo. En Raimbault, Ginette *El niño y la muerte*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.

Klein, Melanie: (1940) El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos. En *Amor, culpa y reparación. Obras Completas T. 1*. Buenos Aires: Paidós, 2015.

Mascheroni, Susana; Scalozub, Lidia: (2002) *Fronteras: Duelo y trauma en la infancia. Una ausencia peculiar: De cuerpo presente y subjetividad ausente*. Fepal- XXIV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Montevideo, Uruguay “Permanencias y cambios en la experiencia psicoanalítica”, Sept. 2002.

Scalozub, Lidia: (1998) El duelo y la niñez. Más allá de las fronteras del psicoanálisis. En *Psicoanálisis. Abordajes en psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: APdeBA, Vol. 20, N°2, 367- 383.